

## El Casino-garito.

Nuevamente ha abierto sus puertas á los tahures, cierto Casino de la Capital. *El Universal*, estimado colega que con denuesto y brio atacó ese procedimiento indecoroso, ha afilado nuevamente su pluma y ha dejado caer en sus columnas la protesta de los hombres honrados.

En México, en donde las sanas distracciones nocturnas son escasas, un Casino debería ser el centro de las reuniones lícitas y no el corrompido foco de escándalo y maldad. Si entre los miembros de ese Casino hay individuos que gustan de solazarse con las escabrosas peripecias de un juego inmoral, deben alejarse de allí y refugiarse en las asquerosas barracas de la feria de Tacubaya. Allí pueden satisfacer sus apetitos innobles, entre carcamaneros y mesalinas. Pero no confundan un centro decente, con un tugurio en donde anida el robo.

Nunca será suficientemente condenada la actitud de nuestro Gobierno en lo que al juego se refiere. No basta burlar las disposiciones imperativas del Código Penal que prohíbe esos desplumaderos. Es forzoso, para obtener mayor lucro, invadir centros honorables con licencias torpemente concedidas. La historia fallará energicamente sobre estas violaciones á la ley.

## Ultrajes á las damas.

Un periódico ultramontano de Oaxaca, fastidiado de Sermones y ahito de hojear el *Ripalda*, distrae su tedio de manera nada noble, ridiculizando á las progresistas hijas de Cuicatlán, que han tenido la entereza de arrojar al rostro del inmundo partido clerical, la más energética y la más valiente de las protestas.

Se recordará que el elemento femenino de Zitácuaro, alentado de noble patriotismo, hizo saber á la Nación y al mundo entero, que la mujer mexicana odia las hipócritas é inmorales prácticas monásticas, porque quiere ser libre, tener padres, hermanos y esposos libres y no arrastrar su

delicadeza al pié de los confesionarios, que no son más que el prólogo de todas las maldades y el origen de todos los crímenes, que tienen por intermediario al fraile y por epílogo la disolución social.

Las esposas arriesgan su honestidad y las doncellas juegan su honor en las destartadas sacristías. La virtud hace desairado papel en esos centros de perversión en los que se sonroja la maldad misma y el crimen siente rubor.

Las hijas de la Sierra de Puebla, las dignas tetelanas, se adhirieron al grito salvador dado por sus hermanas de Zitácuaro y ese conjunto de heroísmo, como era forzoso, tuvo digno eco en las montañas oaxaqueñas, porque á aquellas montañas, desengáñese el injuriador de mujeres, todo su negro partido y los mismos déspotas, no entran ni la gazmoñería del fraile corruptor, ni las bajezas de los serviles, ni la deprimente adulación á los Césares. En aquellas montañas se respira libertad porque hay elementos fuertes, porque hay voluntades energicas, se odia la hipocresía, se aborrece el fanatismo y se execra á los tiranos.

Por eso es que las damas de Cuicatlán, lanzaron su reto al obscurantismo, desafiando heroicamente las añejas preocupaciones sociales, para dar un paso más hacia el porvenir del feminismo, causa simpática y grande que los hombres tenemos el deber de ayudar, y no de deprimir, como lo hace el desgarrado articulista ultramontano.

Por otra parte, choca que solo por atacar al gran partido liberal, se ensañe un hombre contra unas respetables damas, dignas más de la admiración y del aplauso de los hombres honrados, que de las chocarrerías de cualquier emborronado de cuartillas.

El Arzobispo Guilow, si se respeta, debe reprender severamente al gratuito injuriador del bello sexo, que parapeta su cobardía tras del ridículo pseudónimo de *Nemo*, para vomitar doctrinas inmorales, que escandalizan á la sociedad honrada. Debe también, si se respeta, exigir al injuriador, que dé amplia y pública satisfacción á las honorables damas de Cuicatlán por la ofensa inferida.